

EL CARACTER DE LA HABANA ANTIGUA

Mayo junio 1941

ALGUN erudito o investigador acucioso pudiera decirnos que el período en que se empieza a revalorar la arquitectura de La Habana antigua, y que fué seguido por la otra etapa de su restauración y conservación, dió comienzo a raíz de aquella Feria celebrada en el vetusto Convento de Santa Clara, cuando adquirido por el Gobierno y abiertos por primera vez al público sus claustros e interiores, se conocieron entonces las más viejas construcciones que aun guarda la ciudad.

Fuó una revelación y un descubrimiento cuando se vieron en pie la "Casa del Marino", la otra que fué mercado, y aquellas arcadas bajas y colgadzios de sus patios y los artesonados de madera del coro, los baños y lavaderos primitivos, las celdas y otros detalles más, entre los cuales y en medio de la quietud religiosa sin cambios ni alteraciones varios siglos habían cruzado.

Y el celo y la atención prestada por las autoridades, aumentó el interés de las gentes y el amor por nuestra arqueología, que tenía en su haber algunos atentados⁽¹⁾; bastante que se descuidaron los monumentos de la ciudad colonial, pese a los meritisimos trabajos que con paciencia de benedictinos realizaron en distintas épocas la Academia de la Historia y la de Artes y Letras, que llegó a su "clímax" con la publicación de aquella notable obra sobre "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigramática" del ilustre hombre de letras cubanas, desaparecido ha poco, que fué Don Eugenio Sánchez de Fuentes.

Tres años después de aquella Feria del Convento de Santa Clara se restauraron el edificio de la Intendencia o Palacio del Segundo Cabo, donde actuaba ya El Senado de la República. El éxito que se logró y las bellezas mejor apreciadas de su arquitectura alentó los otros proyectos, y en el 1929 se empezaba la restauración del Palacio de los Capitanes Generales ocupado por el Ayuntamiento y conjuntamente se restauraba el Templete, y también se ampliaba y res-

tauraba la antigua Iglesia del Santo Cristo del Buen Viaje.

A estos trabajos que revelaron ya de una vez la importancia y el alto valor artístico de nuestra Arquitectura Colonial, siguieron las restauraciones del valioso Palacio de Aldama, la de la casa del Conde de Bayona que databa del mil setecientos y pico, y la de la bella portada del Seminario Conciliar, portada de donde salió el espíritu hecho cuerpo de la liberación de Cuba. Seguidamente se restauraban la Plaza de la Catedral con la explanada de la Iglesia y los palacios del Marqués de Arcos, la casa del Conde de Lombillo y la del Marqués de Aguas Claras y la otra situada en la esquina del callejón del Chorro, a donde se trasladó la lápida conmemorativa de la primera fuente o abasto de agua que tuvo la ciudad.

Por esas mismas fechas o un poco después, se restauraban: la casa que fué del Conde de la Reunión en la calle de Empedrado, la que aún ocupa la firma Aguilera en la calle de Mercaderes, la del Marqués de Santoenia al costado del Templete, otra en el Paseo de Martí, donde estuvo el Colegio de Abogados, etc. También le llegó su turno al antiguo Vivac y a la Plaza de Armas que fué en su día uno de los lugares más concurridos de la ciudad. El último de esos trabajos de restauración ha sido el del Palacio Pedroso en la calle de Cuba y aun está en pie una recia campaña que ya tiene una década para salvar de la piqueta a la ex-Iglesia de Paula.

Y todos esos trabajos que costaron algunos millones de pesos y más de cuatro lustros fueron producto de un notable avance cultural que ya lo subrayamos en el 1928, que tuvo sus orígenes, prédicas y propagandas durante todo ese tiempo y también en años anteriores.

Ahora bien, ¿se ha terminado ya ese ciclo? . . . ¿Se ha logrado salvar y conservar para la posteridad los valiosos conjuntos urbanos que nos dejaron nuestros antepasados? . . . ¿Tenemos completos los escenarios de La Habana antigua? No, creemos que no. Aun falta continuar y terminar la obra. Pero antes digamos algo, expliquemos algo, expliquemos lo que es y lo que representa en utilidad la conservación de ese carácter.

El carácter de una ciudad, su fisonomía propia, lo que la diferencia de las demás y en donde reside su belleza y su personalidad, si se conserva y restaura a través de los años se convierte en una atracción turística y en una fuente de ingresos y negocios de primer orden. De ahí que en los países civilizados, no se escatiman gastos,

(1) Entre las depredaciones que se cometieron contra los monumentos de La Habana antigua figura la demolición de la Iglesia de Santo Domingo y parte del Convento donde estuvo la Primera Universidad Pontificia de San Jerónimo; la destrucción de la torre y la fachada de Iglesia de San Francisco en la calle de Cuba; la construcción del edificio de varios pisos junto a la Catedral, y el otro que se levantó en la Plaza de Armas; la construcción de un piso en la azotea del Palacio del Ayuntamiento y la instalación de aquel desdichado elevador que se puso junto a la escalera en el vestíbulo que da a la calle de Obispo. Estas obras fueron hechas antes de la última restauración. Igualmente algunos Palacios y casonas coloniales fueron destruidas y modificadas sin acierto.



La vieja casa Oficios 76 esquina a Luz, nos muestra su típico balcón sostenido por dobles cabezas de vigas, sirviendo a la vez que de refuerzo, de motivo de ornamentación.



reglamentos ni legislación adecuada, ni se abandona la continuada educación de las masas y la difusión de la Historia de la Ciudad; y todo esto, ¿con qué objeto? pues con el objeto de que sean los propietarios, los particulares y finalmente el pueblo los primeros interesados en la conservación de sus paisajes y monumentos. Tiene que ser la iniciativa privada la que cuide, continúe y lleve adelante los esfuerzos y ensayos de la iniciativa oficial.

Los paisajes u años de la Plaza Vieja y las interesantes casonas que la enmarcan, los de la Plazoleta de Luz y la Alameda de Paula, los notables edificios como la antigua Iglesia de Paula y el ex-Convento de San Francisco donde está actualmente el Correo, y los viejos palacios que aún subsisten en toda esa parte de la ciudad que guarda plenamente el carácter de La Habana antigua son elementos valiosísimos que hay que restaurar y conservar. Ese es el programa de obras que se ejecutará en los próximos lustros. Estos barrios atendidos y conservados científicamente, saneados y puesto en valor por aquellas obras de urbanismo indispensables, serán en el futuro como ya hoy lo son, aunque en pequeña escala, las fuentes ubérrimas del turismo que nutren a la otra porción de la ciudad nueva.

Urgen por tanto la ley que salvaguarde nuestros monumentos históricos, y también una reglamentación de las Ordenanzas con la servidumbre de estilo a las construcciones nuevas sea promulgada y respetada en todos los barrios que

Vista de la casa Villegas 67 esquina a Obrapía.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Casas coloniales en la calle de San Ignacio dando frente a la Plaza Vieja. Al centro la antigua casa de los Condes de Jibacoa.

comprenden La Habana antigua, o sea desde el Prado, los alrededores de la Plaza de la Fraternidad, la calle de Cárdenas o Egido hasta la Bahía. De lo contrario se corre el riesgo de que una arquitectura moderna, funcional, maquinista o banal, dañe y destruya el acervo, la armonía y los valores de toda esa gran parte de la ciudad.

Son esos escenarios urbanos en donde quedó impresa en piedra la historia, los gustos y costumbres de sus habitantes en las diferentes épocas: son los cuadros exclusivos de cada ciudad que no lo tiene otra, lo que busca el viajero advertido, en donde florece el comercio turístico y de antigüedades, y en donde tienen lugar señalados eventos.

Se recordará el éxito de aquella fiesta típica celebrada en el 35 por el Municipio de La Habana a la ocasión de inaugurarse las obras de la Plaza de Armas que se había rehecho tal como se hallaba en el año 35 del siglo anterior. Aquella fiesta tradicional celebrada con kioscos, pregones, música popular, desfile de volantas, concursos de trajes de la época donde fueron revividas Lola Cruz, "Rosa la China" y Cecilia Valdés y otras que no recuerdo, por nuestras más bellas mujeres, aquella fiesta fué una revelación a tal extremo que la Plaza y los Palacios del Ayuntamiento y Senado resultaron pequeños para la concurrencia. Hasta la iluminación y el buffet resultaron aciertos de los organizadores.

Fachada de la casa Teniente Rey 25 esquina a Aguiar.



Patrimonio Documental

Aquella fiesta sirvió de ejemplo, y ampliándole el escenario con el espacio de casi toda la parte vieja de la ciudad junto al mar y con el mismo espíritu de fiesta tradicional y algunas novedades más que se le introdujeron, le produjo a los *Leones* uno de los éxitos de su Convención; y es por eso que la Comisión de Turismo ha incluido en sus programas de festejos la repetición de eventos similares en determinadas fechas. Anteriormente ya se había utilizado la Plaza de la Catedral con gran éxito a la ocasión de las fiestas del Centenario de Lope de Vega y otras representaciones, y hasta un Baile de Artistas.

Pero éstas son pruebas aisladas o casi descubrimientos de la importancia que tiene toda esa parte vieja de la ciudad. Y ya que de descubrimientos hablamos, me viene a la vista un viejo grabado habanero que no ha sido mixtificado y que se conserva bastante bien.

La Plazoleta de Luz como aún se le conoce, tiene una forma y situación privilegiada: se abre en abanico sobre el panorama de la bahía conservando en el vértice un elemento típico; el balcón todo corrido en el ángulo como para ver mejor del antiguo Palacio del Conde de Barreto. Esta balconada sobre canes de madera y alero de protección, desde donde se abarca la mayor perspectiva del vistoso y cambiante paisaje del Puerto, esta balconada es un clásico telón de fondo allí olvidado de La Habana del Siglo XVIII que hace tiempo ya se fué.

El Conde de Barreto supo escoger el sitio para fabricar su casa; de él se dice empleando el léxico de antaño que era un poco tarambana en lo que se refería a deudas, pagos, etc., etc. Cuentan que pocos momentos antes de morir un amigo indiscreto le hablaba de su finca, de las cañas, de problemas de azúcar, y de otro ingenio colindante al suyo que estaba de venta, a lo cual respondió el Conde casi en la agonía: "Lo dan fiao".

Uno de los lados de aquella Plaza de Luz se realza por la fachada simple con nobles arcadas del Hotel de su nombre. La proporción monumental del pórtico de este edificio, que sin pretensiones arquitectónicas, sin excesos decorativos, sin alardes de composición, con justeza en el empleo de los elementos, es algo tan correcto que hace de él un modelo a conservar. Este hotel tuvo fama y renombre como uno de los mejores de la ciudad.

En el otro frente, una serie de casas antiguas, disímiles pero armónicas completan el cuadro. La que ocupa el ángulo con sus balcones en cada hueco, cerrados como cajas por celosías, balcones de origen árabe que nos vienen de Sevilla y Granada, dejan que la imaginación se pierda o siga el vuelo dentro de sus ocultos miradores.

Es el balcón del curiosear celestino donde las persianas hacen el efecto con su varillaje de un gran abanico. Le siguen otras casas; una muy antigua de arcadas bajas, otra más de piedra con pretensión arquitectónica y frente decorativo.

La Plazoleta de Luz fué en un tiempo una de las principales entradas de la Ciudad. Por allí llegaba el movimiento del interior de la Isla que se hacía por el Ferrocarril de Regla, Cárdenas y Júcaro y que se prolongaba hasta Santa Clara. Todos los viajeros que por allí venían, atravesando el puerto iban al Muelle de Luz y muchos paraban en el Hotel que tenía fama por su excelente cocina. También estaban las terminales de las entonces florecientes Compañías de Vapores que con viajeros y carga hacían el cabotaje; como la Compañía de los Herrera, la de Antinógenes Menéndez, la de Julián Alonso, la de los Zulueta, etc.

Pero a compás del progreso con el avance del tiempo vino el Ferrocarril Central que absorbió y anuló todo este tráfico, arruinando a su vez a las Compañías de Vapores. Hoy los barcos que no hubieron los ciclones, amarrados unos a otros como hermanos gemelos, acabándose como hierro viejo, fondean en un cementerio marino que existe al otro lado del puerto.

Después, a cada cual su turno; al ferrocarril le llegaría el momento de pagar esta deuda cuando vino el auge del transporte por carreteras, los camiones y la Ruta Central. Lástima que la quiebra no hubiera sido completa, ella habría traído la tan deseada nacionalización de las vías férreas.

Todos estos cambios al reflejarse en nuestra economía con el consiguiente enriquecimiento de unos, producido por la ruina de los otros, pues hasta los Ferries de Regla quebraron, todos estos actos como distintos cuadros de una misma obra dejarán abandonado los talones, los edificios que aún quedan los pasajes urbanos de la Plazoleta de Luz.

Y para terminar, repetimos lo ya dicho al comienzo de esta crónica. Mucho se ha trabajado por la conservación del carácter de los valiosos monumentos y paisajes de la Ciudad Colonial, pero aún nos queda a terminar la obra; aún nos queda devolverle su esplendor a la Plaza Vieja, con un jardín típico en su centro y a las notables casonas que la circundan, a la ex-Iglesia y a la Alameda de Paula y a numerosos Palacios que subsisten en los barrios viejos, cualquiera de los cuales pudiera ser convertido en Museo de la Epoca con un gran éxito. Y todo esto no tiene más finalidad que aumentar en interés y beneficio de la población y de la corriente turística, la belleza tan celebrada por propios y extraños de nuestra bien querida Ciudad de La Habana.

José M. Bens Arrate.